

«Estoy al borde de la muerte.»

Respira hondo. Lentamente, con un sufrimiento casi deseado, como si disfrutara de la agonía. Nervios, temblores, dudas. Horror. Miedo, mucho miedo. Se siente vivo. «Otra vez, lo mismo, después de tanto tiempo.»

Comienza. Silencio. Suena el piano: dos compases. «Despega.» Salta, cae, revive. Con elegancia, con brillo. Calma. Retiene el instante entre sus manos, suavemente, acariciando las notas. Busca el recuerdo, la esperanza. Por un momento, todo encaja. Había vuelto, allí estaba, la mano mecánica, como le llamaban sus maestros de la academia. Preciso, milimétrico, absoluto. Las lentes de aumento se solapan unas sobre otras delante de su ojo izquierdo, manteniendo la mirada fija en el diapasón. No hay error posible. La mano derecha sujeta el arco con firmeza, la muñeca baila con soltura. No desafina, nunca lo ha hecho. Es inalcanzable. Suave, tranquilo, tajante. Todopoderoso. «Incompleto». Retrocede sobre sus pasos. Sostiene el deseo sobre su cabeza para intentar emprender el vuelo. Pero duda, desconfía. No sabe si está listo. «Inacabado.» Vuelve el temor. Tenso, cada vez más tenso. Necesita velocidad. Aprieta una de las clavijas del arco. Sabe que no va a ser fácil. Los engranajes giran, el cordal se ajusta. Sube. Inquieto, tropezando. Un afinador se retuerce, la cuerda se tensa. Vapor. Baja. Piensa, recelando de su mano. Profundo, desde abajo. Los engranajes gi-